

EDITORIAL

LA FAMILIA Y LA UNIVERSIDAD

Educación es el proceso por el que se saca a la luz lo que estaba contenido en el sujeto. Su punto de partida es, pues, algo propio de cada uno, y no algo que estuviese fuera, que nos lo diese alguien, por ejemplo el educador o profesor. No, la función del educador es ayudar a que el sujeto adquiera su propio desarrollo, creando las condiciones más favorables para ello.

Con mucho acierto Sócrates comparaba la tarea del educador a la de una partera, la de la comadrona que ayuda a dar a luz, que ayuda a la madre a sacar fuera el hijo que lleva en su vientre. Pero de ninguna manera ella da la existencia al niño.

De modo semejante, el educador lo más que puede hacer es ayudar a sacar de cada uno lo que éste lleva dentro, como posibilidades de realizarse en los distintos terrenos. Y lo que lleva dentro, el material humano con el que el educador en la Universidad trabaja, lo aportan los padres en sus familias. Lo que han enseñado a hacer y a ser a sus hijos. Porque la educación no es tanto algo que se recibe, más bien es algo que uno hace o deja de hacer y, aquí, los padres ponen o no a disposición de uno los medios para que se eduque.

La Universidad, en palabras del señor Rector, quiere convertirse "en lugar de encuentro y de confrontación espiritual y moral, donde con humildad hombres que aman el conocimiento, aprendan a respetarse, a consultarse, a compartir, en una red de saber abierto y complementario, con el fin de llevar al estudiante hacia la unidad del saber, por encima de cualquier manipulación" (Desde la Universidad: consideraciones éticas 1988, p. 58).

Y, dentro de este lugar de encuentro, ocupa un primerísimo lugar la familia del educando que también es parte de la gran Familia Bolivariana.

Necesitamos del contacto con los padres y su familia, la Universidad y los que la conforman necesitamos de la presencia real y efectiva de cada una de las familias a las que pertenecemos. Más aún, ahora, cuando "los jóvenes se encuentran hundidos, amenazados y a menudo aplastados por un universo amorfo, unidimensional y deshumanizante y cuando los valores del Evangelio parecen quizá aplastados por la pobreza extendida a todos los niveles, por el exceso de informaciones contradictorias y sin escala de valores, por la falta de sentido de la vida y por la angustia de las incertidumbres del futuro, por la carencia de ideales, por un cierto dejarse llevar, que puede llegar a la delincuencia, a la criminalidad, a la violencia, a la droga, etc., hasta el punto de corroer el amor, el respeto a la vida y la misma justicia" (Disc. Juan Pablo II a los educadores en Turín, 4 - IX - 1988, No. 3).

Es indispensable que la familia se preocupe un poco más por la marcha tanto académica, personal y vocacional de sus hijos. Esa es una labor en la que, como Universidad, algo podemos ayudarles, pero en ningún momento alcanzaremos a reemplazarlos. Sobre todo, preocuparse de que sus hijos se estén realizando en lo que hacen, en lo que aprenden a ser, en lo que se desempeñarán y buscarán servir a la humanidad algún día. En ser ellos mismos, bajo las sendas que Uds. les han trazado pero no en la repetición de lo que Uds. han sido. Sería triste tener que repetir en la realidad lo que decía aquella anécdota que, de una conversación de dos amigos, decía uno al otro: ¿Cómo están tus hijos? Están los dos estupendamente, gracias. ¿Qué edad tienen? El médico, tres años; el abogado, cinco.

Familia y Universidad, dos realidades complementarias, pero dos realidades que tienen una labor que cumplir cada una por aparte; esperamos que la familia cumpla la parte de responsabilidad que le corresponde y nosotros haremos el mayor de los esfuerzos por cumplir la nuestra.

**Pbro. Guillermo Zuleta Salas
Profesor de Etica Médica
Facultad de Medicina - U.P.B.**